

El Verbo venido a su propiedad

Juan, discípulo del Señor, atestigua también todo esto, cuando dice en su Evangelio: «En el principio existía el Verbo y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio con Dios. Todo fué hecho por él y sin él nada se hizo»^f. Dice más adelante del mismo Verbo: «Estaba en este mundo y el mundo fué hecho por él, y el mundo no le conoció. Vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron. Mas a todos los que lo recibieron, les dió el poder de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre»^g. Dice también para dar a entender su «economía humana»: «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros»^h. Y a continuación: «Y vimos su gloria, gloria cual de Unigénito venido del Padre, lleno de gracia y de verdad»ⁱ. Manifiesta así claramente a los que quieren oír, es decir a los que tienen oídos^j, que no hay más que un sólo Dios Padre por encima de todos y un sólo Verbo de Dios, que está a través de todos^k, y por quien han sido hechas todas las cosas, y que este mundo es propio de él y ha sido hecho por voluntad de su Padre y no por los ángeles, ni por la apostasía, la deficiencia y la ignorancia, ni por un Poder denominado Prunikos, al que llaman también Madre, ni por ningún otro Demiurgo desconocedor del Padre.

18,3. Porque el Autor del mundo es propiamente el Verbo de Dios.

Este es nuestro Señor: el mismo que, en los últimos tiempos, se hizo hombre, cuando estaba ya en el mundo^a e invisiblemente sostenía todos los seres creados^b, y estaba grabado en forma de Cruz en la creación entera, en tanto que como Verbo de Dios estaba gobernando y disponiendo todas las cosas.

He aquí por qué «él vino visiblemente a sus propiedad»^c y se hizo carne^d, y estuvo colgado de un madero^f. «Y los suyos no

18,2 f) Jn. 1,1,3; g) Jn. 1,10-12; h) Jn. 1,14; i) Jn. 1,14; j) Mt. 11,15; k) Ef. 4,6. — 18,3 a) Jn. 1,10; b) Sab. 1,7; c) Jn. 1,11; d) Jn. 1,14; e) Hech. 5,30; 10,39. Gal. 3,13. Deut. 21,22-23; f) Ef. 1,10.

le recibieron»^g —los suyos, es decir los hombres— tal como Moisés había manifestado esto mismo diciendo al pueblo: «Tu vida estará delante de ti como suspendida en un hilo y no creerás, a tu vida»^h. Así, los que no le recibieron no recibieron la Vida. «Mas a todos los que le recibieron les dio el poder de hacerse hijos de Dios»ⁱ. Porque es Él, quien tiene el poder sobre todos los seres de parte del Padre, porque es Verbo de Dios y verdadero hombre: por una parte gobierna a los seres invisibles de una manera espiritual y establece la ley en la mente, a fin de que se mantengan todos ellos cada uno en su rango; por otra él reina de manera ostensible sobre los seres visibles y humanos y hace llegar a todos el justo juicio que se merecen.

David preanuncia esta venida visible del Verbo, cuando dice: «Nuestro Dios vendrá de manera manifiesta y no se callará»^j. Anunció después el juicio que amenazaba, diciendo: «Un fuego que devora le precede, en torno a él se desencadenará una borrasca; Desde lo alto llamará a los cielos y a la tierra al juicio de su pueblo»^k.

Contradicciones de los sistemas heréticos frente a la unidad de la enseñanza de la Iglesia

19,1. En efecto, si el Señor ha venido de una manera manifiesta a su propiedad, su propia creación que es sostenida por él, le lleva a cuestas. Ha recapitulado, por medio de su obediencia en el árbol, la desobediencia perpetuada en el árbol; y la seducción de que desgraciadamente fue víctima Eva, virgen en poder del marido, ha sido deshecha por la buena nueva de la verdad, anunciada magníficamente por el ángel a María, también virgen en poder del marido. Porque de la misma manera que aquella fue seducida por la palabra de un ángel para separarse de Dios, transgrediendo su palabra, así ésta ha sido evangelizada por la palabra de otro ángel para llevar a Dios, obedeciendo a su palabra; y así

como aquella fué seducida para que desobedeciera a Dios, así también ésta ha sido persuadida a obedecer a Dios a fin de que esta Virgen María viniera a ser abogada de aquella Virgen Eva; y de la misma manera que el género humano fué sometido a la muerte por culpa de una virgen, así fué liberado por medio de otra Virgen, siendo la desobediencia de una virgen contrapesada por medio de la obediencia de otra.

Además, el pecado del primer hombre ha recibido la curación por una conducta correcta del Primogénito, y la prudencia de la serpiente ha sido vencida por la sencillez de la paloma^a, rotas las cadenas con las que estuvimos ligados a la muerte.

19,2. Son estúpidos todos los herejes e ignorantes de las «economías» de Dios, y muy poco enterados de la «economía» seguida con el hombre, —ciegos como son para la verdad— son ellos mismos los que se oponen a su propia salvación, introduciendo unos a otro Padre diferente del Demiurgo, suponiendo otros que el mundo y la materia, que lo constituye, han sido hechos por los ángeles, afirmando otros que esta materia, muy separada de su supuesto Padre se formó por sí misma y nació de sí misma (autógena).

Y declarando otros que salió, dentro de la propia esfera del Padre, de una deficiencia y de una ignorancia. Otros en cambio menosprecian la venida visible del Señor, no admitiendo su encarnación. Otros a su vez, menospreciando la «economía» de la Virgen, dicen de él que nació de José. Dicen algunos que ni su alma ni su cuerpo pueden recibir la vida eterna, sino solamente su «hombre interior», y pretenden identificarle con su entendimiento, al que le juzgan el único capaz de elevarse hasta la perfección. Otros admiten la salvación del alma, negando en cambio que el cuerpo pueda tener parte en la salvación que viene de Dios. Todo esto lo hemos indicado ya en el primer Libro, donde hemos

hecho conocer las tesis de todos ellos, y hemos demostrado después la inconsistencia de ellas en nuestro segundo Libro.

20,1. Todos estos son muy posteriores a los Obispos, a los que los Apóstoles encomendaron las Iglesias: Y esto lo hemos mostrado, con la mayor precisión posible, en nuestro tercer Libro. Es forzoso por tanto que todos los herejes, mencionados arriba, por el hecho de que son ciegos para la verdad, estén deambulando de un lado para otro fuera del camino verdadero; y por eso los vestigios de su doctrina se hallan esparcidos acá y allá de modo discordante y sin lógica. En cambio la senda de los que pertenecen a la Iglesia rodea a todo el mundo, porque posee una tradición sólida, que proviene de los Apóstoles, y nos ofrece el espectáculo de una sola y misma fe en todos, porque todos ellos creen en un sólo y mismo Dios Padre, admiten la misma «economía» de la encarnación del Hijo de Dios, reconocen el mismo don del Espíritu, observan los mismos mandamientos, guardan la misma forma de organización de la Iglesia, esperan la misma venida del Señor y la misma salvación del hombre entero, es decir del alma y del cuerpo. Es por tanto verdadero y sólido el mensaje de la Iglesia, porque aparece en ella un sólo y mismo camino de salvación a través del mundo entero. Porque a ella ha sido confiada la luz de Dios, y por eso «la Sabiduría» de Dios, por la cual se salvan los hombres, «es celebrada en los caminos, obra con atrevimiento en las plazas públicas, es proclamada en lo alto de los muros, y a la entrada de las puertas de la ciudad pronuncia sus discursos»^a. En todas partes, en efecto, la Iglesia predica la verdad; ella es el candelabro de siete lámparas^b que lleva la luz de Cristo.

20,2. Por tanto los que abandonan el mensaje de la Iglesia acusan a los presbíteros de simplicidad, no considerando cuánto aventaja el hombre simple, pero religioso, al sofista blasfemo y desvergonzado. Tales son en efecto todos los herejes; y los que se

imaginan hallar algo superior a la verdad siguiendo las doctrinas, que acabamos de nombrar; ellos caminan por caminos diversos, multiformes e inciertos, teniendo de las mismas cosas tanto una opinión como otra; son como ciegos que son guiados por otros ciegos y caen precisamente en el hoyo de la ignorancia abierto bajo sus pies^a, buscando siempre y no llegando nunca al conocimiento de la verdad^b.

Es preciso por tanto huir de sus opiniones, ponernos con sumo cuidado en guardia contra ellos, para que en ninguna parte seamos vejados; y refugiarnos en cambio en la Iglesia, para amantarnos de su seno y nutrirnos de las Escrituras del Señor. Porque la Iglesia ha sido plantada como un jardín en este mundo. «Comeréis por tanto de todo árbol del jardín»^c, dice el Espíritu de Dios, es decir: «Comed de toda Escritura del Señor, mas no gustéis del orgullo, ni tengáis ningún contacto con la disensión de los herejes». Porque ellos confiesan poseer el conocimiento del bien y del mal^d y lanzan sus pensamientos malvados contra el Dios que los creó. Elevan así sus pensamientos más allá de la medida permitida. Por eso dice el Apóstol: «No tengáis pensamientos más elevados que lo que conviene, sino que vuestros pensamientos estén llenos de modestia»^e, por temor de que, gustando de su conocimiento orgulloso, superior al que conviene, seamos expulsados del paraíso de la vida. Porque es en el paraíso donde el Señor introduce a los que obedecen a su predicación, «recapitulando en sí todas las cosas, las de los cielos y las de la tierra»^f. Ahora bien las que están en los cielos son espirituales en tanto que las que están sobre la tierra son de la «economía» humana.

Estas son las cosas que Él ha recapitulado en sí, uniendo el hombre con el Espíritu, y haciendo habitar el Espíritu en el hombre, hecho él cabeza del Espíritu y haciendo que el Espíritu sea la

20,2 a) Mt. 15,14; b) II Tim. 3,7; c) Gen. 2,16; d) Gen. 2,17; e) Rom. 12,3; f) Ef. 1,10.

cabeza del hombre: porque por medio de ese Espíritu vemos, oímos y hablamos.

3. La tentación de Cristo

La victoria de Cristo sobre el demonio, réplica de la derrota de Adán

21,1. Por tanto recapitulando en sí todas las cosas, ha recapitulado también la guerra contra nuestro enemigo. Él ha provocado y vencido al que, al principio en Adán, había hecho de nosotros sus cautivos y ha hollado su cabeza, según las palabras de Dios a la serpiente, que se hallan referidas en el Génesis: «Yo pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo; él te aplastará la cabeza y tú te abalanzarás a su calcañar»^a. Desde ese momento, en efecto, aquél, que tenía que nacer de una Virgen a semejanza de Adán, era anunciado como «hollando la cabeza» de la serpiente y éste es el descendiente del que habla el Apóstol en su carta a los Gálatas: «La ley fué añadida hasta que viniera el descendiente a quien fue hecha la promesa»^b. Se explica más claramente todavía en la misma carta cuando dice: «Mas, cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer»^c.

Porque el enemigo no hubiera sido vencido con toda justicia, si aquél, que le venció, no hubiera sido un hombre nacido de una mujer. Porque por medio de la mujer se había adueñado del hombre, erigiéndose desde el principio en adversario del hombre. Por eso el Señor se confiesa Hijo del hombre, recapitulando en sí al primer hombre, a partir del cual había sido realizada la plasmación de la mujer; para que, de la misma manera que por un hombre vencido descendió a la muerte nuestra raza, así por otro hombre victorioso subamos a la vida; y así como la muerte triunfó de

nosotros por medio de un hombre, así nosotros triunfemos de la muerte por medio de otro hombre.

Cristo triunfa del demonio con la ayuda de los mandamientos del Dios de la Ley

21,2. Ahora bien, el Señor no hubiera recapitulado en si aquella antigua y primera enemistad contra la serpiente, cumpliendo la promesa del Creador y ejecutando su mandato, si hubiera venido de parte de otro Padre. Pero como es un sólo y el mismo el que nos modeló al principio y ha enviado últimamente a su Hijo, el Señor, «hecho de mujer»^a, al destruir a nuestro adversario y completar el perfeccionamiento del hombre a su imagen y semejanza de Dios^b, observó su mandamiento.

He aquí por qué no ha destruido Él a este adversario, sino a partir de los enunciados de la Ley, y se ha servido del mandamiento de su Padre como de una ayuda para destruir y desenmascarar al ángel apóstata.

En primer lugar ayunó durante 40 días, a ejemplo de Moisés y Elías. Después sintió hambre^c, para que comprendamos que su humanidad era verdadera e indiscutible; porque es propio del hombre sentir hambre después de ayunar. También para que el adversario tuviera dónde atacar: Porque al principio sedujo por medio de un alimento al hombre no hambriento, para que quebrantara el precepto de Dios, en el fin, ese adversario no pudo impedir que el hombre hambriento siguiera esperando el alimento directamente de Dios. Tentándole le decía: «Si eres Hijo de Dios dí que estas piedras se conviertan en panes»^d, el Señor le respondió con la ayuda del mandamiento de la Ley. «Está escrito: No sólo de pan vive el hombre»^e. A las palabras: «Si eres Hijo de Dios», calló; en cambio cegó al diablo con la confesión de su humanidad, y por medio de la palabra del Padre destruyó su pri-

21,2 a) Gal. 4,4; b) Gen. 1,26; c) Mt. 4,2; d) Mt. 4,3; e) Mt. 4,4; Deut. 8,3.

mer ataque. Así la saciedad, que el hombre había conocido en el paraíso por la doble comida, fué deshecha por la carencia que sufrió en este mundo. Entonces el diablo, rechazado por medio de la ley, intentó servirse a su vez de la ley, mediante la mentira, para lanzar un nuevo ataque.

Conduciendo al Señor a lo alto del pináculo del templo, le dijo: «Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo, porque escrito está: «Te encomendará a sus ángeles y te llevarán en las manos para que no tropiece tu pie con ninguna piedra»^f. Encubriendo así la mentira bajo el ropaje de la Escritura, lo que hacen precisamente todos los herejes. Porque aquello de: «Le encomendará a sus ángeles» estaba escrito; pero ninguna Escritura decía: «Echate de aquí abajo», sino que el diablo de sí mismo aportaba esta sugestión.

El Señor por tanto le confundió por medio de la ley, diciéndole: «También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios»^g. Por esta palabra, que está en la ley, hacía saber que, en cuanto hombre, nadie debe tentar a Dios; y que, por lo que se refería a él, jamás en su humanidad visible tentaría al Señor su Dios. Y así el orgullo, que había en la serpiente, fué destruido por la humildad, que había en el hombre.

Por tanto el diablo fué vencido ya por dos veces con la Escritura: fué convencido de sugerir cosas contrarias al mandamiento de Dios y declarado enemigo de Dios por sus disposiciones. Enteramente confundido, se recogió entonces en sí mismo, para movilizar todo el poder que poseía en la mentira. Y tentándole al Señor por tercera vez «le mostró todos los reinos del mundo con su gloria»^h diciéndole, como lo recuerda Lucas: «Todo esto te daré, porque me ha sido entregado y lo doy a quien quiero, si postrándote me adoras»ⁱ. Entonces, desenmascarando a su adversario, le replicó el Señor: «¡Retíra-

21,2 f) Mt. 4,6. Ps. 91,11-12; g) Mt. 4,7. Deut. 6,16; h) Mt. 4,8.

te Satanás!» Porque está escrito: «adorarás al Señor tu Dios, y a Él sólo servirás»ⁱ.

Con esta palabra le ponía al descubierto manifestándole quién era: Porque la palabra «Satanás» significa en hebreo apóstata. Con esta tercera victoria el Señor apartó de sí definitivamente a su adversario, como vencido legalmente, y la trasgresión del mandamiento de Dios perpetrada en Adán era destruida por la observancia del mandamiento de la Ley, que observó el Hijo del hombre, rehusando transgredir el mandamiento de Dios.

21,3. Por tanto ¿quién es el «Señor Dios», de quien Cristo da testimonio, al decir que no debe tentarle nadie^a, que debemos adorarle y no servir más que a él sólo? Sin duda ninguna, es el mismo Dios que ha dado la Ley.

Porque estas cosas habían sido prescritas de antemano en la Ley, y citando los textos de la ley el Señor ha hecho ver que ella anuncia, de parte del Padre, al verdadero Dios, y que el Ángel Apóstata de Dios es reducido a la nada por medio de las máximas de esa misma ley, y que ha sido desenmascarado y vencido por el Hijo del hombre, que ha observado el mandamiento de Dios.

En efecto, al principio él persuadió al hombre para que trasgrediera el mandamiento del Creador y le tuvo en su poder, y su poder son la trasgresión y la apostasía, con las que encadenó al hombre: era preciso que fuera a su vez vencido por medio del hombre y encadenado con las mismas cadenas con las que él había encadenado al hombre, a fin de que el hombre así liberado pueda volver a su Señor, abandonando en aquél las ligaduras con que el hombre había sido encadenado, esto es la trasgresión. Porque el encadenamiento de aquél fué la liberación del hombre, si es verdad que «nadie puede entrar en casa del fuerte y arrebatarse sus enseres, si no ata primero al fuerte»^c. En cambio al desenmascararle el Señor con la palabra de Dios que hizo todas las

21,2 i) mt. 4,9. Lc. 4,6-7; j) Mt. 4,10. Deut. 6,13. — 21,3 a) Mt. 4,7. Deut. 6,16. 21,3 b) Mt. 4,10. Deut. 6,13; c) Mt. 12,29. Marc. 3,27; d) Lc. 1,78.

cosas y al someterle por medio de un mandamiento —el mandamiento era la ley de Dios—; al manifestar su hombre que el diablo era un tráfuga, un transgresor de la ley y un apóstata de Dios, desde ese momento el Verbo le encadenó abiertamente como a su propio tráfuga y «se adueñó de sus enseres», es decir de aquellos hombres, que estaban injustamente. Y así fué hecho justamente cautivo aquél que injustamente había llevado al hombre en cautividad; en cuanto al hombre anteriormente cautivo fué extraído del poder de su poseedor por la misericordia de Dios Padre, que se apiadó de la obra modelada por él, y le otorgó la salvación, restableciéndola por medio del Verbo, esto es, por medio de Cristo, a fin de que el hombre sepa por experiencia que no recibe la incorrupción de sí mismo, sino por puro don de Dios.

22,1. Así pues el Señor ha manifestado claramente que el Señor verdadero y único Dios es aquél que fué anunciado por la ley; porque el Dios que la ley anunció de antemano es el mismo, que Cristo ha presentado como a su Padre y es también el único a quien deben servidumbre^a los discípulos de Cristo.

El Señor ha aniquilado igualmente a nuestro adversario por los enunciados de la ley: ahora bien esta ley nos manda alabar al Creador como a Dios y servirle a él sólo^b.

Si esto es así, ya no es preciso buscar a otro Padre fuera de éste ni superior a éste, «porque es el mismo el Dios que justifica la circuncisión por la fe y la circuncisión también por la fe»^c. En efecto, si existiera algún otro Padre perfecto, superior al Creador, jamás hubiera podido el Señor destruir a Satanás por medio de palabras y mandamientos de este último. Una ignorancia no puede ser deshecha por otra ignorancia, como tampoco una deficiencia puede ser abolida por otra: Si por tanto la ley proviene de la ignorancia, y de la deficiencia ¿cómo los enunciados que ella encierra han podido destruir la ignorancia del diablo y triunfar

22,1 a) Mt. 4,10; b) Deut. 6,13; c) Rom. 3,30; d) Mt. 12,29; Marc. 3,27; e) Deut. 6,4.5.13. f) Mt. 4,7. Deut. 6,16.

del fuerte?. Porque el fuerte no puede ser vencido ni por uno más débil ni por uno igual sino por uno más fuerte^d. Ahora bien, el que es más fuerte que todo es el Verbo de Dios. Es el que da voces en la ley: «Escucha Israel, el Señor Dios tuyo es el único Señor, y amarás al Señor Dios tuyo con toda tu alma, a éste adorarás y a él sólo servirás»^e. En el Evangelio por otra parte, él destruye la apostasía por medio de los mismos enunciados y triunfa del fuerte por medio del precepto del Padre y declara que el precepto de la ley son sus propias palabras, cuando dice, «No tentarás al Señor tu Dios»^f. Porque no por el mandamiento ajeno, sino por el propio de su Padre ha destruido él al adversario y vencido al fuerte.

Los cristianos instruidos en que deberes por los mismos mandamientos del Dios de la Ley

22,2. En cambio, por medio de este mismo mandamiento nos enseñó después de redimidos: a esperar cuando tengamos hambre el sustento que proviene de Dios; y a no enorgullecernos ni tentar a Dios, cuando seamos exaltados a la cumbre de todos los carismas, y cuando estemos confiando en nuestras obras de justicia, por estar desempeñando altos cargos, sino tener sentimientos humildes en todas las cosas y tener presente: «No tentarás al Señor tu Dios»^a, —tal como enseñó el Apóstol, cuando dijo: «No os agrade lo que es elevado, sino dejáos atraer por lo que es humilde^b—; no dejarse arrastrar por las riquezas, ni por la gloria del mundo, ni por las apariencias, sino saber que es preciso adorar al Señor Dios tuyo y servirle a él sólo^c, y no creer al que promete falsamente lo que no es suyo, diciendo: «Todo esto te daré, si postrándote me adoras»^d. Reconoce él mismo que adorarle y hacer su voluntad es caer de lo alto de la gloria de Dios. ¿Y qué podrá corresponder de agradable o bueno a quien ha caído? O ¿qué podrá esperar un hombre semejante, sino la muer-

22,2 a) Mt. 4,7. Deut. 6,16; b) Rom. 12,16; c) Mt. 4,10. Deut. 6,13; d) Mt. 4,9.

te? Porque para aquél, que ha caído, la muerte está próxima. Desde luego el diablo no podrá otorgar tampoco lo que prometió. Porque ¿cómo podrá otorgar a quien ha caído? Por otra parte puesto que Dios es dueño de todo e incluso del fuerte y sin el consentimiento de nuestro Padre, que está en los cielos, ni un pajarillo caerá en tierra^e, las palabras: «Me han sido entregados todos estos reinos, y los doy a quien quiero»^f, son pura jactancia.

La creación no está bajo su poder, puesto que también él es una de tantas creaturas, ni asigna él a los hombres el reino de los hombres, sino que todas las cosas y especialmente las que se refieren a los hombres están dispuestas según el orden establecido por Dios Padre. El Señor ha dicho del diablo: «Que es mentiroso desde el principio y no se mantuvo en la verdad»^g. Si por tanto, es mentiroso y no se mantiene en la verdad, es evidente que no decía la verdad, sino que mentía cuando afirmaba: «me han sido entregados todos estos reinos, y los doy a quien quiero»^h.

El demonio mentiroso desde el principio

23,1. En efecto él estaba acostumbrado ya a mentir contra Dios; para seducir a los hombres. Al principio Dios había dado al hombre en abundancia frutos para alimentarse, le había prohibido únicamente comer de los frutos de un sólo árbol, como se desprende de las palabras de Dios a Adán referidas por la Escritura: «puedes comer de todos los árboles del jardín; del árbol de la ciencia del bien y del mal no comeréis de él; porque el día en que comiereis, moriréis de muerte»^a. El diablo mintiendo contra Dios tentó al hombre, como lo muestran las palabras de la serpiente a la mujer, referidas en la Escritura: «¿Es cierto que os ha dicho Dios: No comáis de todos los árboles del jardín»?^b. La mujer rechazó esta mentira e hizo conocer candorosamente la orden de Dios: «Nosotros, podemos comer del fruto de todos los árboles del jardín. Sólo del fruto del árbol, que está en medio del jardín,

22,2 e) Mt. 10,29; f) Lc. 4,6; g) Jn. 8,44; h) Lc. 4,6. — 23,1 a) Gen. 2,16-17; b) Gen. 3,1.

nos ha dicho Dios: «No comáis de él, ni lo toquéis siquiera, de otro modo moriréis»^c. Habiendo conocido de la mujer la orden de Dios, el diablo la sedujo astutamente con una segunda mentira, diciéndole: «¡No moriréis! Antes bien, Dios sabe que en el momento, en que comáis, se abrirán vuestros ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal»^d.

En primer lugar en el paraíso mismo de Dios discurría el diablo sobre Dios, como si estuviera ausente —ignoraba en efecto la grandeza de Dios—; después, habiendo sabido de la mujer que Dios les había dicho que morirían, si gustaran del susodicho árbol, mintió tercera vez diciendo: «¡No moriréis!». Mas que Dios fué veraz y mentirosa la serpiente lo hizo ver el resultado, porque la muerte siguió a los que comieron. Porque con el alimento recibieron también la muerte, puesto que comían desobedeciendo y la desobediencia a Dios produce la muerte. Por eso, a partir de ese momento, fueron entregados a la muerte, hechos deudores de ella.

23,2. Así pues murieron el mismo día en que comieron y en que se hicieron deudores de la muerte, porque la creación no admite más que un sólo día: porque dice la Escritura: «Hubo así tarde y mañana, un sólo día»^a. En ese mismo día que comieron, en el mismo murieron también.

Por otra parte, al considerar el ciclo y el trascurso de los días, según el cual se habla del primero, del segundo y del tercer día, si se quiere saber exactamente qué día de los siete de la semana murió Adán, se le descubrirá a partir de la «economía» del Señor. Porque éste, recapitulando en sí al hombre todo entero, desde el principio hasta el fin, ha recapitulado también su muerte. Es evidente por tanto que el Señor ha sufrido la muerte, por obedecer a su Padre, el mismo día en que murió Adán, por haber desobedecido a Dios. Ahora bien el día que murió Adán fué también el mismo en que comió del fruto prohibido, porque Dios había

22,2 c) Gen. 3, 2-3; d) Gen. 3,4-5. — 23,2 a) Gen. 1,5.

dicho: «El día en que comiereis de él moriréis»^b. Recapitulando en si este día, el Señor vino por tanto a su Pasión el día anterior al Sábado, que es el sexto día de la creación, el día en que el hombre fué modelado, otorgándole así, por medio de su Pasión, la segunda plasmación, que se hace a partir de la muerte.

Algunos en cambio ponen la muerte de Adán en el transcurso del milenio, porque «un día del Señor es como mil años»^c; y Adán no rebasó el milenio, sino que murió en el trascurso de él^d, purgando así la pena de su trasgresión. Así pues, sea que su desobediencia ha sido su muerte, sea que a partir de ese instante han sido entregados a la muerte y han sido constituidos deudores de ella; sea que han comido y sufrido la muerte en un sólo y mismo día, porque es uno sólo el día de la creación; sea que al considerar el ciclo de los días, han sufrido la muerte el mismo día en que han comido, es decir el día de la Parasceve, día que el Señor ha hecho conocer como el día de su Pasión; sea en fin que Adán no ha rebasado el milenio, sino que ha sufrido la muerte en el transcurso de él; según todo lo que se da a entender, Dios aparece como veraz, puesto que los que han gustado del árbol han muerto y la serpiente aparece como mentirosa y homicida, según el Señor ha dicho de ella: «Ella es homicida desde el principio y no se ha mantenido en la verdad»^e.

Los reinos de la tierra establecidos por Dios, no por el demonio

24,1. Por tanto tal como mintió al principio, así mentía también ahora diciendo: «Me han sido entregados todos estos reinos, y los doy a quien quiero»^a.

En efecto no fué él quien delimitó los reinos de este mundo, sino Dios; porque «el corazón del rey está en la mano de Dios»^b. Y el Verbo dice por boca de Salomón: «Por mí reinan los reyes y

23,2 b) Gen. 2,17; c) II Pedr. 3,8; Ps. 89,4; d) Gen. 5,5; e) Jn. 8,44. — 24,1 a) Lc. 4,6; b) Prov. 8,15-16.

los príncipes decretan la justicia; por mí gobiernan los jefes, y los soberanos juzgan sobre la tierra»^c. El Apóstol Pablo dice en el mismo sentido: «Que cada uno se someta a las autoridades que están en el poder, porque no hay autoridad, que no esté puesta por Dios; y las que existen por Dios han sido establecidas»^d. Y dice a continuación: «... porque no en vano lleva espada: porque es ministro de Dios, vengador para castigar al que obra mal»^e. Y como prueba de que no habla de los poderes angélicos, ni de principados invisibles, como algunos se atreven a interpretar, sino de las autoridades humanas, añade: «También por esto pagáis los tributos, porque son ministros de Dios, encargados de cumplir este oficio»^f.

Todo esto lo ha confirmado el Señor no haciendo lo que le sugería el diablo y ordenando, por otra parte, pagar el tributo a los recaudadores de tributos por sí y por Pedro^g, porque son ministros de Dios, encargados de cumplir este oficio^h.

24,2. En efecto, cuando el hombre se fué apartando de Dios, llegó a tal grado de salvajismo, que consideró como enemigo incluso a su pariente y se precipitó, sin el menor temor, en toda clase de desórdenes, de homicidios y de avaricias. Así les impuso Dios el temor de los hombres —por no conocer el temor de Dios— a fin de que, sometidos a una autoridad humana y obligados por sus leyes, alcancen algún tipo de justicia y usen de moderación los unos con los otros, temiendo la espada situada ostensiblemente ante sus ojos, como dice el Apóstol: «... porque no en vano lleva espada, porque es ministro de Dios, vengador para castigar al que obra mal»^a. Y por eso los magistrados mismos, que tienen las leyes como vestido de justicia, no serán interrogados, por lo que hayan hecho de justo y legal, ni castigarán; perecerán sin embargo por todo lo que hayan hecho en detrimento de la justicia, obrando de manera inicua, ilegal y tiránica; porque el justo juicio de Dios alcanza a todos los hombres por igual

24,1 c) Prov. 8,15-16; d) Rom. 13,1; d) Rom. 13,4; e) Rom. 13,4; f) Rom. 16,6; g) Mt. 17,27; h) Rom. 13,6. — 24,2 a) Rom. 13,4.

y no conoce ningún desfallecimiento. Por tanto es para utilidad de los paganos, por lo que el reino terrestre ha sido establecido por Dios —y no por el diablo, que nunca se sosiega del todo, ni siquiera permite a los propios paganos vivir en paz—, a fin de que, temiendo a esta autoridad, los hombres no se devoren los unos a los otros como peces, sino que rechacen por medio del establecimiento de la ley las injusticias de toda clase de los paganos.

Y según esto «son ministros de Dios»^b. Por tanto, —«si son ministros de Dios»— que nos exigen tributos, «encargados de cumplir este oficio»^c.

24,3. y si «no hay autoridad, que no esté puesta por Dios»^a, es evidente que el diablo miente cuando dice: «Me han sido entregados todos estos reinos, y los doy a quien quiero»^b. Porque por orden de quien los hombres nacen, son establecidos también los reyes, apropiados para los que en una época determinada, son gobernados por ellos: Algunos de ellos, en efecto, son dados para enmienda y provecho de los súbditos y para conservación de la justicia, otros para el temor, castigo y reprensión; otros en cambio, para burla, insolencia y orgullo, según el merecimiento de los súbditos; porque, como lo dijimos anteriormente, el justo juicio de Dios alcanza a todos los hombres por igual. Mas el diablo, que no es más que un ángel apóstata, sólo puede hacer lo que hizo al principio, es decir seducir y arrancar el espíritu del hombre, para que pueda quebrantar el mandamiento de Dios y cegar poco a poco los corazones de los que osan servirle, para que olviden al verdadero Dios y le adoren a él como a Dios.

24,4. De la misma manera que un desertor (apóstata), después de apoderarse de una región hostilmente, viene a sembrar la confusión entre sus habitantes y a usurpar los honores reales ante los que ignoran que él no es más que un desertor (apóstata) y un ladrón, así también el Diablo es uno de esos ángeles, que han sido

designados para servir sobre el espíritu del aire, tal como lo manifestó Pablo en su carta a los Efesios ^a. «Tuvo envidia del hombre» ^b, y se hizo por ello apóstata de la ley de Dios; porque la envidia es impropia de Dios. Y como su apostasía fué desenmascarada por medio del hombre y este hombre se hizo piedra de toque de sus disposiciones últimas, se hizo, cada vez más enemigo del hombre, envidiando su vida y deseando encerrarlo en su poder de apostasía.

Mas el artífice de todas las cosas, el Verbo de Dios, después de haberle vencido por medio del hombre y haber desenmascarado su apostasía, le sometió a su vez al hombre, diciendo: «He aquí que os doy el poder de pisar con los pies las serpientes y escorpiones, así como el poder del enemigo» ^c. Para que, de la misma manera que tuvo dominio sobre los hombres por medio de la apostasía, así también su apostasía a su vez sea destruida por medio del hombre que recurre a Dios.

TERCERA PARTE *

LA IDENTIDAD DEL DIOS CREADOR
Y DEL DIOS PADRE, PROBADA POR LA ENSEÑANZA
DE LAS ESCRITURAS, QUE SE REFIEREN
AL FINAL DE LOS TIEMPOS

1. El Anticristo

*La apostasía del Anticristo y su pretensión de ser adorado
como Dios en el templo de Jerusalén*

25,1. No sólo por lo que acabamos de decir, sino también por los acontecimientos que tendrán lugar en el tiempo del Anticristo, se manifiesta que el Diablo quiere hacerse adorar como Dios cuando no es más que un apóstata y un ladrón, y se hace proclamar rey, cuando no es más que un siervo. Porque el Anticristo, después de haber recibido todo el poder del diablo, vendrá, no como un rey justo y sumiso a Dios y dócil a su ley, sino como impío, injusto y sin ley, como apóstata, inicuo y homicida como ladrón que recapitula en sí a la apostasía diabólica, abandonando los ídolos para hacer ver que es Dios y erigiéndose como único ídolo, que concentra en sí el error multiforme de todos los demás ídolos, a fin de que los que adoran al diablo por medio de una multitud de abominaciones le sirvan por intermedio de este único ídolo. De este Anticristo dice el Apóstol en su segunda carta a los Tesalonicenses: «... porque antes ha de venir la apostasía y manifestarse el hombre de pecado, el hijo de la perdición, el adversario, que se levantará contra todo lo que se llama Dios o es objeto

* En esta tercera parte San Ireneo se expresa con ideas milinaristas en las que creyeron varios de los primeros Santos Padres, pero que después unánimemente esta doctrina fue rechazada y posteriormente condenada por la Iglesia. Los milinaristas enseñaban que después del juicio final la tierra sería transformada y que Cristo reinaría visiblemente sobre la tierra por mil años. Este error se apoyaba en una interpretación equivocada de las Escrituras, especialmente del capítulo 20 del Apocalipsis.

de culto, hasta llegar a sentarse en el santuario de Dios, haciéndose pasar a sí mismo por Dios»^a. Por tanto el Apóstol muestra de manera clara su apostasía y que se erigirá sobre todo lo que se dice Dios o es objeto de culto, es decir de todo ídolo —estos son los seres que son llamados «dioses» por los hombres, mas no lo son— y que intentará de manera tiránica hacerse pasar por Dios.

25,2. Además él hace conocer una cosa, que hemos manifestado ya abundantemente, a saber que el templo de Jerusalén fué edificado conforme a una prescripción del verdadero Dios. Porque el Apóstol, hablando por su cuenta, lo llama con precisión, el «templo de Dios». Ahora bien hemos mostrado en el tercer libro que ningún otro es llamado Dios por los Apóstoles, hablando por cuenta propia, fuera del verdadero Dios, Padre de nuestro Señor. Por cuyo mandato fué edificado el templo de Jerusalén, por los motivos que hemos dicho anteriormente. Y precisamente en este templo se sentará el adversario con la intención de hacerse pasar por Cristo, como lo dice también el Señor: «Cuando viereis la abominación de la desolación, anunciada por el profeta Daniel, en el lugar santo (el que lea entienda), entonces los que estén en Judea huyan a los montes, el que esté en la terraza no baje a tomar nada de la casa. Porque entonces la tribulación será tan grande como no la hubo desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá jamás»^a.

25,3. Ahora bien, Daniel, contemplando el fin del último reino, es decir los diez últimos reyes entre los cuales será repartido el reino de aquellos sobre quienes vendrá el hijo de la perdición, dice que le salen a la bestia diez cuernos y que de en medio de ellos sale otro pequeño, y que tres de los precedentes le eran arrancados de su faz^a. Y «he aquí, dice, que el nuevo cuerno tenía ojos como los de un hombre y una boca que profería palabras insolentes, y su aspecto era mayor que el de los demás. Había observado además, que este cuerno hacía la guerra con-

tra los santos y los vencía, hasta que vino el anciano y se hizo justicia a los santos del Altísimo, llegando finalmente el tiempo en que los santos tomaron posesión del reino»^b. A continuación, en la explicación de las visiones se le dijo: «La cuarta bestia significa que vendrá al mundo un cuarto reino, distinto de los otros, el cual devorará toda la tierra, la hollará y la triturrará. Los diez cuernos significan que, de este reino surgirán diez reyes y que después de ellos surgirá otro, que superará en maldad a todos sus predecesores; y derribará a tres de ellos: Proferirá palabras insolentes contra el Altísimo y tratará de cambiar festividades y leyes. El pueblo santo será entregado en su poder por un tiempo, dos tiempos y medio tiempo^c, es decir durante tres años y seis meses, lapso de tiempo en que reinará sobre la tierra: Sobre ello dice también el Apóstol Pablo en su segunda carta a los Tesalonicenses, anunciando al mismo tiempo el motivo de su venida: «Entonces se manifestará el inicuo, a quien el Señor Jesús hará desaparecer con el soplo de la boca y aniquilará con el resplandor de su venida. La venida del impío, en razón de la actividad de Satanás, irá acompañada de toda suerte de prodigios, de señales y de portentos engañosos y de todas las seducciones propias de la maldad para aquellos que están abocados a la perdición, por no haber aceptado el amor de la verdad, que los habría salvado. Por eso los impulsa a creer en la mentira, de suerte que serán condenados todos los que no sólo se resistieron a creer en la verdad, sino que además se complacieron en la iniquidad»^d.

25,4. El Señor decía esto mismo a los que no creían en él: «Yo he venido en nombre de mi Padre, y vosotros no me recibís; si otro viniera en su propio nombre, a ese lo recibiríais»^a: Con esa palabra, «otro» designaba él al Anticristo, porque éste es ajeno a Dios. Y juez inicuo^b de quien ha dicho el Señor: «que no temía a Dios, ni respetaba los hombres»^c y hacia quien huyó la viuda que

25,3 b) Dan. 7, 8.20-22; c) Dan. 7,23-25; d) II Tes. 2,8-12. — 25,4 a) Jn. 5,43; b) Lc. 18,6.

se olvidó de Dios, es decir la Jerusalén terrestre, para reclamar venganza de su enemigo^d. Lo que hará precisamente el Anticristo durante su reinado: trasladará su reino a Jerusalén y se sentará en el templo de Dios, persuadiendo insidiosamente a sus adoradores de que él es Cristo. Por eso añade Daniel: «... y derribó el santuario: En lugar del sacrificio cotidiano puso la iniquidad, y tiró por tierra la justicia: Y logró así hacer con éxito»^e. Y el ángel Gabriel explicando a Daniel las visiones de este Anticristo; «Y al final de su reinado... surgirá un rey de aspecto malvado y hábil para resolver los problemas. Su fuerza será considerable y admirable; hará estragos, tendrá éxito en su empresa, exterminará a los fuertes y al pueblo santo; se enderezará el yugo de su collar; el fraude estará en su mano, su corazón se inflará de soberbia; a traición hará morir a muchos, se alzarán para la perdición de muchos y los destruirá como huevos con su mano»^f. A continuación el ángel indica también el tiempo de su dominio tiránico, tiempo en que serán perseguidos los santos que ofrecen a Dios un sacrificio puro; «Y a la mitad de la semana, dice, hará cesar el sacrificio y la oblación. Y en el templo estará la abominación de la desolación hasta que la ruina decretada caiga sobre el devastador»^g; la «mitad de la semana» son tres años y seis meses.

25,5. De todo ello se manifiesta no sólo lo que es propio de la apostasía y lo que es propio de aquél que recapitula en sí todo error diabólico, sino también que es uno sólo y el mismo el Dios Padre, que fué anunciado por los profetas, y manifestado por Cristo.

Porque si lo que ha sido profetizado por Daniel acerca del fin lo ha corroborado el Señor diciendo: —«Cuando viereis la abominación de la desolación, anunciada por el profeta Daniel»^a—; si, por otra parte, Daniel ha recibido del ángel Gabriel la explicación de sus visiones y si este mismo es a la vez el Arcángel del Creador y el que anunció a María la buena nueva

25,4 c) Lc. 18,2; d) Lc. 18,3; e) Dan. 8,11-12; f) Dan. 8,23-25. — 25,5 a) Mt. 24,15.

de la venida visible y de la encarnación de Cristo^b: se manifiesta con toda evidencia que es uno sólo y el mismo Dios que envió a los profetas, ha enviado después a su hijo y nos ha llamado a su conocimiento.

La división del último reino y el triunfo final de Cristo

26,1. Una revelación más clara, acerca de los últimos tiempos y de los diez reyes, entre los que será repartido el imperio que reina ahora, la tenemos en Juan, discípulo del Señor, en su Apocalipsis. Explica quiénes fueron los diez cuernos vistos por Daniel, y refiere lo que se le dijo: «Los diez cuernos que has visto son diez reyes, que no han recibido aún el reino, pero que recibirán el poder de reyes por una hora con la bestia. Están todos de acuerdo en poner a disposición de la bestia su fuerza y su poder: Harán la guerra al Cordero, y el Cordero los vencerá, porque es el Señor de Señores, y el Rey de Reyes»^a. Así pues está claro: que el que ha de venir matará a tres de esos diez reyes, que los demás se le someterán, y que él será el octavo de entre ellos; devastarán a Babilonia y la reducirán a cenizas, entregarán su reino a la bestia y perseguirán a la Iglesia; después serán destruidos por la aparición de nuestro Señor. Mas como es preciso que el reino sea dividido y vaya así a su perdición, el Señor ha dicho: «Todo reino en sí dividido será desolado, y toda ciudad o casa en sí dividida no subsistirá»^b. Es necesario por tanto que el reino, la ciudad y la casa sean divididos en diez partes. Por eso el Señor ha representado ya con anticipación ese reparto y esa división.

Daniel identifica, también él, de manera precisa el fin del cuarto reino con los dedos de los pies de la estatua, vista por Nabucodonosor, dedos contra los que vino a chocar desprendida sin intervención de una mano. He aquí sus palabras: «...los pies eran parte de hierro y parte de arcilla; una piedra se desprendió entonces sin intervención de una mano y golpeó la estatua en sus

pies de hierro y arcilla y los deshizo completamente»^c. Más adelante en la explicación de esta visión dice: «Si has visto los pies y los dedos, parte de arcilla y parte de hierro, significa esto que será un reino dividido, aunque tendrá ciertamente la consistencia del hierro, ya que viste el hierro mezclado con la arcilla»^d. Por tanto esos dedos de los pies son los diez reyes, entre los que será repartido el reino; de esos reyes unos serán fuertes y ociosos, y no se pondrán de acuerdo entre sí, como lo dice también Daniel: «Una parte del reino será resistente y otra parte, en cambio, frágil. El hecho de haber visto tú el hierro mezclado con arcilla significa que se mezclarán entre sí por simiente humana, pero no formarán un cuerpo uno con otro, de la misma manera que el hierro no se amalgama con la arcilla»^e. El profeta dice también lo que sucederá en el fin: «En los días de estos reyes, el Dios del cielo hará surgir un imperio que jamás será destruido y cuya soberanía no pasará a otro pueblo: Pulverizará y aniquilará a todos estos imperios, mientras que él subsistirá eternamente, exactamente como has visto que una piedra se desprendió del monte sin intervención de una mano, y pulverizó la arcilla, el hierro, el bronce, la plata y el oro. El gran Dios ha revelado al monarca lo que sucederá en el futuro: El sueño es verdadero y digna de fe su interpretación»^f.

26,2. Si por tanto el «gran Dios» ha hecho conocer el porvenir por medio de Daniel y ha confirmado esta profecía por medio de su Hijo; Cristo es la piedra desprendida sin intervención de una mano, que destruirá los reinos temporales y tratará el reino eterno, es decir la resurrección de los justos^a —porque «el Dios del cielo, dice, suscitará un reino que no será destruido jamás»^b: confundidos enmiéndense los que rechazan al Creador y no admiten que los profetas hayan sido enviados por el mismo Padre, de quien ha venido también el Señor, y afirman que las profecías provienen de diferentes Potestades.

25,5 c) Dan. 2,33-34; d) Dan. 2,41-42; e) Na. 2,42-43; f) Dan. 2,44-45.
— 26,2 a) Lc. 14,14; b) Dan. 2,44.

Porque lo que el Creador había predicho de manera similar, por medio de todos los profetas, esto mismo lo ha cumplido Cristo en el fin, ejecutando la voluntad del Padre y realizando su «economía» humana. Por tanto los que blasfeman contra el Creador —bien literal y abiertamente como los Marcionitas, bien por la perversidad de su enseñanza, como los valentinianos y demás gnósticos de falso nombre—, son considerados por todos los hombres piadosos como instrumentos de Satanás, por medio de los cuales se ha atrevido éste ahora y no antes a blasfemar contra Dios, que ha preparado el fuego eterno para toda apostasía^c.

El justo juicio de Dios contra Satanás y contra todos los que participan de su apostasía

Como él no se atrevía a blasfemar contra su Señor por sí mismo y abiertamente; así al principio sedujo al hombre mediante la serpiente, como ocultándose de Dios: Habló correctamente Justino cuando dijo que, antes de la venida del Señor, Satanás no había osado jamás blasfemar contra Dios, porque ignoraba todavía su condenación: porque los profetas no habían hablado de ello más que en parábolas y alegorías. Mas después de la venida del Señor y de sus Apóstoles, ha sabido Satanás de manera clara que un fuego eterno ha sido preparad para él^d, que se ha separado voluntariamente de Dios, y para todos los que, rehusando hacer penitencia, perseveran en la apostasía. Por intermedio de tales hombres, como si estuviera ya condenado, blasfema también contra el mismo Señor, que le ha de juzgar, y atribuye su pecado de apostasía a su Creador y no a su libre decisión, como los trasgresores de leyes que, cuando van a sufrir su castigo, se quejan de los legisladores y no de sí mismos: Así también estas personas, llenas de un espíritu diabólico, profieren innumerables acusaciones contra aquél, que nos ha creado, nos ha dado el Espíritu de vida y ha establecido una ley apropiada para todos, y no

quieren admitir que sea justo el juicio de Dios. Por eso se imaginan a otro Padre, que no tiene ni cuidado ni providencia de nuestros asuntos, o es también el que aprueba todos los pecados.

27,1. Si el Padre no juzga o bien es porque el juzgar no es de su incumbencia, o bien es porque aprueba todo lo que hacemos. Y, en tal caso, todos los hombres estarían en pie de igualdad y se les asignaría el mismo rango. Y sería innecesaria la venida de Cristo; que se opone a que no haya juicio. «Porque, dice, vine a separar al hombre de su padre, a la hija de su madre, a la nuera de su suegra»^a; para, de dos hombres acostados en el mismo lecho, coger al uno y dejar al otro, y, de dos mujeres moliendo juntas, coger a la una y dejar a la otra^b; y en el fin, para ordenar a los segadores recoger primero la cizaña y atada en haces quemarla en fuego inextinguible, después recoger el trigo en el granero^c, y finalmente para llamar a los corderos al reino preparado para ellos y enviar a los cabritos al fuego eterno, que ha sido preparado por su Padre para el diablo y sus ángeles^d. Por tanto ¿qué decir? Que el Verbo ha venido «para caída y resurrección de muchos^e: para caída de los que no creen en él, a los que ha amenazado, en el día del juicio, con un castigo más severo que el de Sodoma y Gomorra^f, en cambio para resurrección de los que creen y hacen la voluntad de su Padre, que está en los cielos^g. Si por tanto la venida del Hijo alcanza por igual a todos los hombres, es sin embargo propia para realizar un juicio y separar los creyentes de los incrédulos —porque los creyentes por propia determinación hacen su voluntad, como también los incrédulos por la suya (determinación) no reciben su enseñanza— es evidente que su Padre ha creado también de manera parecida a todos los hombres; poseyendo cada uno su propia capacidad de decisión y su libre albedrío, mas vigila todas las cosas y tiene providencia de ellas «haciendo salir su sol sobre malos y buenos, llover sobre justos e injustos»^h.

27,1 a) Mt. 10,35; b) Lc. 17,34-35; c) Mt. 13,30; d) Mt. 25,33-34.41' e) Lc. 2,34; f) Lc. 10,12; g) Mt. 7,21; h) Mt. 5,45.

27,2. Y a todos, los que conservan su amor, otorga él su comunión. Ahora bien la comunión de Dios es la vida, la luz y el disfrute de los bienes que proceden de él: Al contrario, a todos los que se separan voluntariamente de él, inflige la separación que ellos mismos han escogido.

Ahora bien la separación de Dios es la muerte; la separación de la luz, son las tinieblas; la separación de Dios es la pérdida de todos los bienes que vienen de él. Por tanto los que, por medio de su apostasía, han perdido lo que acabamos de decir, estando privados de todos los bienes, son sumergidos en toda clase de penalidades; no es que Dios tome la delantera para castigarlos, sino que el castigo les persigue automáticamente, por el hecho de que están privados de todos los bienes.

Ahora bien, eternos y sin fin son los bienes que vienen de Dios; por eso su pérdida es también eterna y sin fin. De la misma manera que en una luz intensa los que se han cegado a sí mismos o han sido cegados por otros son privados de una manera permanente del disfrute de la luz, no porque la luz les inflija el sufrimiento contenido en la ceguera, sino porque la ceguera misma entraña para ellos una desgracia.

Por eso decía el Señor: «El que cree en mí no es condenado»^a, esto es, no está por la fe; «pero, añade él, el que no cree ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios»^b, dicho de otra manera: se ha separado a sí mismo de Dios por su libre decisión: «La causa de la condenación consiste en que la luz vino al mundo y los hombres prefirieron las tinieblas a la luz. En efecto, quien obra mal odia la luz y no va a la luz, para que no se descubran sus obras. Pero el que obra la verdad va a la luz, para que se vean sus obras que están hechas en Dios»^c.

28,1. Así pues, como en este mundo unos acuden a la luz y se unen a Dios por medio de la fe, en tanto que otros se alejan de

la luz y se separan de Dios, el Verbo de Dios vendrá a señalar a todos su morada apropiada: a unos en la luz, para que disfruten de ella y de los bienes que contiene; a otros en las tinieblas, para que participen de la desgracia que ellas encierran. Por eso dice el Señor que llamará a los de la derecha al reino de los cielos, en tanto que enviará a los de la izquierda al fuego eterno^a; porque estos últimos se han privado a sí mismos de todos los bienes.

28,2. Por eso dice el Apóstol: «... por no haber aceptado el amor de Dios que los habría salvado, por eso el mismo Dios les envía un poder engañoso que los impulsa a creer en la mentira, de suerte que serán condenados todos aquellos, que no solamente se resistieron a creer en la verdad, sino que además se complacieron en la iniquidad»^a. Porque, al venir él y recapitular voluntariamente en sí la apostasía, hará por propia decisión todo lo que haga, y se sentará en el templo de Dios, para que le adoren como a su Cristo los que hayan sido seducidos por él^b; por lo cual será arrojado justamente al estanque de fuego^c. En cambio Dios sabe de antemano todas las cosas, gracias a su presciencia y, en el momento adecuado, enviará al que debe ser tal «que haga que los hombres crean en la mentira; para que sean condenados todos aquellos, que no creyeron en la verdad, sino que además se complacieron en la iniquidad»^d.

El número del nombre del Anticristo anuncio de la recapitulación de toda la apostasía en su persona

Su venida es descrita por Juan en el Apocalipsis, de la manera siguiente: «La bestia que vi era semejante a una pantera, sus pies como los de un oso y su boca, como la de un león; el dragón le dió su poder y su trono con un gran imperio; vi una de sus cabezas como herida de muerte, pero su llaga mortal había sido curada. Toda la tierra, maravillada, seguía a la bestia, y adoración

28,1 a) Mt. 25,34.41. — 28,2 a) II Tes. 2,10-12; b) II Tes. 2,4; c) Apoc. 19,20; d) II Tes. 2,11-12.

al dragón, porque había dado su poder a la bestia, y adoraron a la bestia diciendo: «¿Quién es semejante a la bestia y quién podrá combatir contra ella? Le fué dada una boca, que profería palabras arrogantes y blasfemias, y le fue dado poder de hacerlo durante cuarenta y dos meses. Abrió su boca para blasfemar contra Dios, blasfemar su nombre y su morada y los que habitan en el cielo.

Y le fué dado poder sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación: le adoraron todos los habitantes de la tierra, cuyos nombres no están escritos desde el principio del mundo en el libro de la vida del Cordero degollado.

El que tenga oídos, que oiga. Si alguno está destinado a la cautividad, irá a la cautividad: El que mata con la espada, a espada morirá: Aquí la perseverancia y la fe de los santos ^e. «Juan habla a continuación del escudero de la bestia, a quien llama también el falso profeta: ... hablaba como un dragón: Ella (la otra bestia) ejerce todo el poder de la primera bestia en su presencia. Y hace que la tierra y sus habitantes adoren a la primera bestia, cuya llaga mortal había sido curada: Hará grandes prodigios, hasta hacer descender fuego del cielo a la tierra a la vista de los hombres: Y seducirá a los habitantes de la tierra» ^f, y esto, para que nadie piense que realiza los prodigios con el poder divino, sino por obra de magia. No hay que sorprenderse si con la ayuda de demonios y espíritus apóstatas hace él prodigios con que puede seducir a los habitantes de la tierra.

«Ordenará, prosigue Juan, hacer una estatua a la bestia, y animará esa estatua hasta el punto de hacerla hablar, y hará morir a todos los que no adoren esa estatua. Y hará también dar a todos una marca sobre la frente y sobre la mano derecha, de forma que ninguno pueda comprar o vender si no ha sido marcado con el nombre de la bestia o con el número de su nombre: este número es el 666» ^g, es decir seis centenas, seis decenas y seis unidades, para recapitular toda la apostasía realizada durante seis mil años.

28,3. Porque cuantos días duró la creación del mundo, tantos milenios durará su existencia. Por eso dice el Libro del Génesis: «Así fueron acabados el cielo y la tierra y toda su ornamentación. Y acabó Dios el sexto día las obras que hizo, y descansó el séptimo día de todas las obras que había hecho»^a.

Esto es al mismo tiempo un relato de lo pasado, tal como se desarrolló, y una profecía del porvenir; en efecto, si «un día del Señor es como mil años»^b, y si la creación ha sido acabada en seis días, es evidente que la consumación de las cosas tendrá lugar el año seis mil.

28,4. Por eso, durante todo este tiempo, el hombre modelado^a al principio por las manos de Dios, es decir por el Hijo y el Espíritu; se hace a imagen y semejanza de Dios^b; la paja, —es decir la apostasía— es rechazada, en tanto que el trigo, —es decir los que llevan como fruto la fe en Dios— es introducido en el granero^c. Por eso la tribulación es necesaria también a los que son salvados, para que, siendo molidos de alguna manera, amasados después por medio de la paciencia con el Verbo de Dios y cocidos al horno, sean aptos para el festín del Rey. Como lo ha dicho alguno de los nuestros, condenado a las bestias, a causa del testimonio dado por él a Dios: «Porque trigo soy de Cristo y por los dientes de las fieras he de ser molido, a fin de ser presentado como limpio pan de Dios»^d.

29,1. En los libros precedentes hemos dado las razones, por las que ha permitido Dios que esto sea así, y hemos mostrado que todos los acontecimientos de esta suerte se han realizado para salvación del hombre, haciendo madurar su libre albedrío para la inmortalidad y haciendo al hombre más apto para su eterna sumisión a Dios. He aquí por qué la creación es empleada en beneficio del hombre: porque no es el hombre quien ha sido hecho para la creación, sino la creación para el hombre: Los paganos mismos

28,3 a) Gen. 2,1-2; b) II Pedr. 3,8. Ps. 89,4. — 8,4 a) Gen. 2,7; b) Gen. 1,26; c) Mt. 3,12; Lc. 3,17; d) Ignacio de Antioquía, Rom. 4,1.

que no han alzado los ojos al cielo, ni dado gracias a su Creador, ni querido ver la luz de la verdad, sino que como topos mudos se han hundido en la profundidad de su locura, han sido justamente considerados por la Escritura como una gota de agua suspendida de un botijo, como un grano de arena en una balanza, o como una pura nada^a; ellos son útiles para los justos, tanto como la espiga es útil para el crecimiento del trigo, y su paja para la combustión en la purificación del oro. Por eso, en el fin, cuando la Iglesia sea aceptada aquí abajo, «la tribulación será tan grande como no la hubo desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá jamás»^b: porque éste será el último combate de los justos, en que los vencedores serán coronados de incorruptibilidad.

29,2. Por eso, en la bestia que ha de venir, tendrá lugar la recapitulación de toda iniquidad y de todo engaño, a fin de que todo el poder de la apostasía, confluyendo en ella y encerrado en ella, sea arrojado al estanque de fuego^a. Es conveniente por ello que el número de la bestia sea el 666^b, para recapitular en sí toda la maldad, que se desencadenó antes del diluvio, a consecuencia de la apostasía de los ángeles^c —porque Noé tenía 600 años; cuando el diluvio vino sobre la tierra^d y destruyó a los seres vivientes de ella^e, a causa de la generación perversa de Noé— y para recapitular también todo error idolátrico posterior al diluvio y la muerte de los profetas y el suplicio del fuego infligido a los justos— porque la estatua erigida por Nabucodonosor tenía sesenta codos de altura y seis codos de anchura^f, y a causa de ella Ananías, Azarías y Misael, por no adorarla, fueron arrojados al horno de fuego ardiente^h, pronosticando, por lo que les ocurrió, la prueba de fuego que habían de sufrir los justos en el fin de los tiempos: esta estatua, toda entera, fue, en efecto, un símbolo de la venida de Aquél, que tratará de hacerse adorar él sólo por todos los hombres sin excepción—. Así pues, los seiscientos años de Noé, en cuyo tiempo tuvo lugar el diluvio a causa de la apostasía

29,1 a) Is. 40,15.17. — 29,2 a) Apoc. 19,20; b) Apoc. 13,18; c) Gen. 6,1s; d) Gen. 7,6; e) Gen. 4,23; f) Gen. 4,1; g) Dan. 3,1; h) Dan. 3,20.

sía, y el número de codos de la estatua, a causa de la cual fueron arrojados los justos al horno de fuego, significa el número 666 del nombre de este hombre, en quien será recapitulada toda la apostasía, injusticia, iniquidad falsa profecía y engaño de seis mil años de duración: a causa de los cuales sobrevendrá también el diluvio de fuego.

El número del nombre del Anticristo ¿permite ahora conocer con certeza ese nombre?

30,1. Si esto es así, si el número figura en todas las copias acreditadas por su antigüedad, si lo atestiguan los que han visto a Juan cara a cara, y si la razón nos enseña que el número del nombre de la bestia, según el cómputo de los Griegos, por las letras que contiene ese nombre es el 666^a, es decir tiene una cifra en las decenas igual a la de las centenas y en las centenas igual a la de las unidades —porque la cifra digital seis, conservada por igual en todas partes indica la recapitulación de toda la apostasía perpetrada: al comienzo, en la mitad de los tiempos y en el fin—, yo no sé cómo han podido equivocarse algunos siguiendo una opinión particular y, rechazando la cifra del medio, quitan de ella cincuenta unidades, poniendo una decena en lugar de seis. Pienso que esto ha ocurrido por culpa de los escritores, como suele suceder, porque los números suelen expresarse por medio de letras: y la letra griega xi, que equivale al número 60, fácilmente al estirarse (ι), cambio en la letra iota=10 de los Griegos. Después hubo quienes, sin investigación ninguna, aceptaron el nuevo número; unos lo utilizaron simplemente y sin segunda intención; otros en cambio, en su insensatez, osaron incluso buscar unos hombres, que tuvieran ese número erróneo. Se puede creer que los que obraron sencillamente y sin malicia obtendrán de Dios el perdón; en cambio todos los que, por vanagloria, establecen nom-

bres que contienen el falso número y declaran que el nombre imaginado por ellos es el del hombre que ha de venir, tales personas no quedarán sin daño, por haberse seducido a sí mismas y a los que se fían de ellos: En primer lugar, el daño está en separarse de la verdad y en tomar lo que no es por lo que es; después el que añade o quita algo de la Escritura tendrá un castigo no pequeño, en el que incurrirá necesariamente un hombre así. Otro riesgo aún —y no despreciable— amenaza a los que se imaginan falsamente saber el nombre del Anticristo: pues, si éstos piensan en un nombre y viene él con otro, serán fácilmente seducidos por él, como si no estuviera aún presente aquél, de quien conviene precaverse.

30,2. Así pues es preciso que tales hombres se hagan discípulos y vuelvan al verdadero número del nombre, para que no sean tomados por falsos profetas: Después conociendo con toda seguridad el número indicado por la Escritura, es decir el 666^a, esperen en primer lugar la división del reino entre los diez reyes; después, cuando éstos reinen y se imaginen estar afianzando su poder y extendiendo su reino, sepan que el hombre, que surgirá entonces de improviso, para usurpar para sí el reino y aterrorizar a dichos reyes y que llevará un nombre que contiene el número indicado más arriba, es realmente la abominación de la desolación^b. Es esto mismo lo que dice el Apóstol: «Cuando estén diciendo: «Paz y seguridad», entonces de improviso les sorprenderá la perdición»^c. Por su parte Jeremías no sólo dió a conocer su venida repentina, sino incluso la tribu de que vendría: «Desde Dan se siente el relinchar de sus caballos; al grito estrepitoso de sus corceles, toda la tierra tiembla, vendrá a devorar el país y sus bienes, la ciudad y sus habitantes»^d.

Por esta razón la tribu de Dan no figura en el Apocalipsis entre las que se salvan^e.

30,2 a) Apoc. 13,1; b) Mt. 24,15. Dan. 9,27; c) I Tes. 5,3; d) Jer. 8,16; e) Apoc. 7,5-8.

30,3. Es por tanto más seguro y menos peligroso aguardar el cumplimiento de esta profecía, que entregarse a la investigación y sospechar de cualquier nombre, porque se pueden hallar muchos nombres conteniendo el número predicho, y no obstante subsistir el mismo problema: porque si se hallan muchos nombres conteniendo este número, se preguntará cuál de ellos llevará el hombre que ha de venir. Porque hablamos así no por la escasez de nombres que contienen el número de su nombre, sino por el temor de Dios y celo por la verdad. Porque la palabra EUANTHAS, por ejemplo, posee el número buscado, pero no afirmamos nada de él. La palabra LATEINOS contiene igualmente el número 666 y es totalmente digno de crédito, puesto que el último reino posee precisamente ese nombre: porque son los latinos los que ahora reinan; sin embargo no nos vanagloriamos de esa palabra. La palabra TEITAN —cuya sílaba está escrita con dos vocales, la *épsilon* y la *iota*— es de todos los nombres, que se encuentran entre nosotros, el más fidedigno. En efecto él posee en sí el número predicho y se compone de seis letras, estando cada sílaba constituida de tres letras; es un nombre antiguo y excepcional, porque ninguno de nuestros reyes se llamó Titán, ni ninguno de los ídolos adorados públicamente entre los griegos y bárbaros posee ese nombre; y muchos creen que el nombre en cuestión es divino, hasta el punto que el Sol mismo es llamado Titaán por los que gobiernan ahora; ese nombre evoca también un castigo y un vengador, como de aquél que finge tomar venganza de las víctimas de malos tratos; nombre por otra parte antiguo y fidedigno, propio de rey, y más aún, de tirano.

Por lo tanto como este nombre de Titán sea tan recomendado y de tan gran verosimilitud, que por muchas razones colegimos que debe llamarse Titán el que ha de venir; nosotros, en cambio, no nos arriesgaremos ni declararemos categóricamente que el Anticristo llevará ese nombre, sabiendo que, si fuera preciso publicar claramente su nombre en la actualidad, hubiera sido

dicho también indudablemente por el mismo que vió el apocalipsis; porque fué visto no hace mucho, casi en nuestro siglo, en el fin del imperio de Domiciano.

30,4. Mas ahora ha hecho conocer el número del nombre, para que tomemos precauciones contra el que ha de venir, sabiendo quién es; pero calló su nombre porque no es digno de ser anunciado por el Espíritu Santo. En efecto, si ese nombre hubiera sido proclamado por él, tal vez el Anticristo tendría una duración indefinida. Mas ahora, puesto que «era y ya no es; va a subir del abismo e ir a su perdición»^a; como si no hubiera venido jamás a la existencia, así su nombre no ha sido proclamado; porque no se proclama el nombre del que no existe: Ahora bien, cuando el Anticristo haya destruido todo en este mundo, haya reinado durante tres años y seis meses y se haya sentado en el templo de Jerusalén, vendrá entonces el Señor desde los cielos sobre las nubes, en la gloria de su Padre^b, y mandará al estanque de fuego al Anticristo con sus fieles^c; inaugurará al mismo tiempo para los justos los tiempos del reino, es decir el descanso, el séptimo día que fué santificado^d, y entregará a Abrahán la herencia prometida: Es el reino en que, según la palabra del Señor, «muchos del Oriente y del Occidente vendrán y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob»^e.

2. La resurrección de los justos

Etapas progresivas en el encaminamiento de los justos a la vida del cielo.

31,1. Mas algunos, que pasan por ser ortodoxos, descuidan el orden de promoción de los justos y desconocen los distintos grados de oración, que llevan a la incorrupción, por tener en su

30,4 a) Apoc. 17,8; b) Mt. 16,27. Mr. 13,26; c) Apoc. 19,20; d) Gen. 2,2-3; e) Mt. 8,11.

interior sentimientos heréticos: porque los herejes menospreciando la obra modelada por Dios y no aceptando la salvación de su carne, desdeñando también, por otra parte, la promesa de Dios, y superando enteramente a Dios, según ellos por medio de su mente, aseguran que, tan pronto como hayan muerto, rebasarán los cielos y sobre todo al Creador mismo, para ir donde su Madre, o hacia el Padre falsamente imaginado por ellos. Por tanto los que rechazan categóricamente la resurrección y, en cuanto depende de ellos, la suprimen ¿qué hay de sorprendente si ignoran incluso el orden en que tendrá lugar esa resurrección? Ellos no quieren comprender que, si las cosas fueran tal como ellos pretenden, seguramente el Señor mismo, en quien dicen creer, no hubiera resucitado al tercer día, sino que, después de haber expirado sobre la cruz, hubiera ascendido inmediatamente a las alturas, abandonando su cuerpo en la tierra. Ahora bien durante tres días se mantuvo allí donde estaban los muertos, tal como el profeta dice de él: «El Señor se acordó de sus santos muertos, que durmieron en la tierra del sepulcro, y descendió donde ellos para liberarlos y salvarlos»^a.

Y el Señor mismo por su parte: «De la misma manera que Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre del cetáceo, así estará el Hijo del hombre en el corazón de la tierra»^b. Su Apóstol dice también: ¿Qué significa: El ascendió, sino que descendió también a las regiones inferiores de la tierra?». David profetizando de él había dicho lo mismo: «Tú libraste mi alma de las profundidades del infierno»^d.

Y, después de resucitar al tercer día, el Señor decía a María que fué la primera en verle y adorarle: «No me toques, que aun no he subido al Padre, vete a mis discípulos y diles: Yo subo a mi Padre y vuestro Padre»^e.

31,1 a) Pseudo-Jeremías; b) Mt. 12,40; c) Ef. 4,9; d) Ps. 85,13; e) Jn. 20,17.

31,2. Si pues el Señor mismo ha observado la ley de los muertos, para llegar a ser el Primer nacido de entre los muertos^a, si ha permanecido durante tres días en las regiones inferiores de la tierra^b, si ha resucitado después en su propia carne, de manera que ha podido mostrar a sus discípulos hasta las marcas de los clavos^c, y así ha ascendido al Padre ¿cómo no se ruborizarán los que afirman que los infiernos se identifican con este mundo y que su «hombre interior», abandonando aquí abajo el cuerpo, subirá al lugar divino? Puesto que el Señor «entró en la región de la «sombra de muerte»^d, allí donde estaban las almas de los muertos, y ha resucitado después corporalmente y tras su resurrección ha sido elevado al cielo, está claro que también las almas de sus discípulos, por las cuales obró el Señor estas maravillas, irán a un lugar invisible, designado por Dios para ellos y allí permanecerán hasta el día de la resurrección, esperando esa resurrección; después, al recobrar sus cuerpos y resucitar perfectos, esto es corporalmente, tal como resucitó el Señor mismo, se presentarán de esta manera a Dios. «No es el discípulo superior a su maestro: pero el discípulo bien formado será como su maestro»^e.

Nuestro maestro no se marchó levantando el vuelo inmediatamente, sino que esperó primero el momento de su resurrección, fijado por su Padre, y que había sido indicado en la historia de Jonás; y, resucitando al tercer día, fué elevado al cielo; así también nosotros debemos ante todo esperar el momento de nuestra resurrección, fijado por Dios y anunciado por los profetas, para después, una vez resucitados, ser elevados al cielo todos los que de entre nosotros sean juzgados por el Señor dignos de ello.

El reino de los justos, cumplimiento de la promesa hecha por Dios a los padres

32,1. Así pues, hay quienes se dejan llevar por discursos erróneos de los herejes, hasta el extremo de desconocer las «eco-

31,2 a) Col. 1,18; b) Ef. 4,9; c) Jn. 20,25.27; d) Ps. 22,4; e) Lc. 6,40.

nomías» de Dios y el misterio de la resurrección de los justos^a y del reino, que es el preludio de la incorrupción, —por ese reino los que hayan sido juzgados dignos del cielo se irán acostumbrando poco a poco a asir a Dios. Es necesario también declarar a este respecto que los justos deben en primer lugar, en este mundo renovado, después de resucitar a continuación de la aparición del Señor, recibir la heredad prometida por Dios a los padres y reinar en ella; solamente después tendrá lugar el juicio de todos los hombres. Es justo, en efecto, que en este mundo quienes han sido afligidos y han sido probados de todas las maneras por la paciencia, recuperen el fruto de esa paciencia; que, en el mundo, quienes han sido enviados a la muerte a causa de su amor a Dios sean vivificados,; que en este mismo mundo aquellos, que han sufrido la servidumbre, reinen. Porque Dios es rico en toda clase de bienes y le pertenecen todos ellos. Es preciso por tanto que el mundo mismo, restaurado en su primitivo estado, esté sin ningún obstáculo al servicio de los justos. Es esto lo que el Apóstol hizo conocer en su carta a los Romanos, cuando dice: «Porque la creación está aguardando en anhelante espera la revelación de los hijos de Dios; ya que la creación fué sometida a la vanidad, no por su voluntad, sino por el que la sometió con la esperanza de que la creación será liberada de la esclavitud de la corrupción, para ser admitida a la libertad de la gloria de los hijos de Dios»^b.

32,2. De esta manera también la promesa, hecha antiguamente por Dios a Abrahán, permanece estable. Él le dijo en efecto: «Alza tus ojos y desde el lugar, donde te encuentras, mira al norte y al mediodía, a Oriente y a Occidente; toda la tierra que tú ves te la daré a tí y a tu descendencia para siempre»^a. Y dice más adelante: «Levántate y recorre a lo largo y a lo ancho esta tierra, que te daré»^b. Y no recibió propiedad en esta región, ni siquiera un pie de tierra^c, sino que fué siempre aquí «peregrino y extran-

32,1 a) Lc. 14,14; b) Rom. 8,19,21. — 32,2 a) Gen. 13,14-15; b) Gen. 13,17; c) Hech. 7,5.

jero»^d. Y cuando murió Sara, su mujer, como los Jeteos quisieran darle gratuitamente un lugar para enterrarla, no quiso aceptarlo, sino que compró un sepulcro por cuatrocientos didracmas de plata a Efrón, hijo de Seor, el Jeteo^e. Esperaba en la promesa de Dios y no quería parecer que recibía de los hombres lo que Dios había prometido darle, cuando le dijo: «A tu descendencia daré esta tierra, desde el torrente de Egipto hasta el gran río Eufrates^f; (y le enumeró las diez naciones, que habitaban toda esta región»^g 6.

Si por tanto Dios le ha prometido la heredad de la tierra y si no la ha recibido durante toda su estancia aquí abajo, es conveniente que la reciba con su posteridad, es decir con los que temen a Dios y creen en él, en la resurrección de los justos. Ahora bien su posteridad es la Iglesia, que, por medio del Señor, recibe la filiación adoptiva con respecto a Abrahán, como lo dice Juan Bautista: «Porque poderoso es Dios, para suscitar de las piedras hijos de Abrahán»^h.

También el Apóstol dice en su carta a los Gálatas: «Y vosotros, hermanos, como Isaac, sois hijos de la promesa»ⁱ. Y dice también claramente, en la misma carta, que los que han creído en Cristo reciben, por medio de él, la promesa hecha a Abrahán: «A Abrahán y su descendencia fueron hechas las promesas. No dice: “A sus descendientes”, como a muchos, sino a uno sólo: “A tu descendiente”, el cual es Cristo»^j.

Y para confirmar todo ello, dice también: «De la misma manera que Abrahán creyó en Dios y esto le fué imputado como justicia: Conocéis, pues, que los que viven de la fe, esos son hijos de Abrahán. Pues previene la Escritura que por la fe justificaría Dios a los gentiles, anunció con anterioridad a Abrahán: “En tí

32,2 d) Gen. 23,4; f) Gen. 15,18; g) Gen. 15,19-21; h) Mt. 3,9. Lc. 3,8; i) Gal. 4,28; j) Gal. 3,16. — 6 La frase entre paréntesis figura en el texto griego.

serán benditas todas las gentes”, de suerte que los que vivan de la fe, serán bendecidos con el fiel Abrahán»^k.

Si pues los que vivan de la fe serán bendecidos con el fiel Abrahán, éstos son los hijos de Abrahán. Ahora bien Dios ha prometido la heredad de la tierra a Abrahán y a su descendencia. Si pues ni Abrahán ni su descendencia: es decir los que son justificados por la fe, reciben ahora la heredad sobre la tierra, la recibirán cuando la resurrección de los justos, porque Dios es verdadero y estable en todas las cosas.

Por eso decía el Señor: «bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra»^l.

La heredad de la tierra anunciada por Cristo y profetizada por la bendición de Jacob y por Isaías

33,1. Por eso, al llegar a su Pasión, para anunciar a Abrahán y a los que estaban con él la buena nueva de la apertura de la heredad, después de haber dado gracias sobre el caliz, haber bebido de él y haber dado a sus discípulos, les dijo: «Bebed todos de él, que ésta es mi sangre del nuevo testamento, que será derramada por muchos para remisión de los pecados.

Y os digo que ya no beberé más de este fruto de la vid hasta el día en que lo beba con vosotros nuevo, en el reino de mi Padre»^a. Sin ninguna duda en la heredad de la tierra, que renovará y restaurará para el servicio de la gloria de los hijos de Dios — tal como dice David: «Él renovará la faz de la tierra»^b—, prometió beber del fruto de la vid con sus discípulos, haciendo conocer las dos cosas: la heredad de la tierra donde se beberá el fruto nuevo de la vid, y la resurrección corporal de sus discípulos. Porque la carne, que resucitará en una condición nueva, será también la misma, que tendrá parte en el cáliz nuevo.

32,2 k) Gal. 3,6-9; (1) Mt. 5,5. — 33,1 a) Mt. 26,27-29; b) Ps. 103,30.

Porque el que bebe del fruto de la vid no puede ser quien está establecido arriba, en lugar divino, con los suyos; ni tampoco están sin carne los que lo beben: en efecto la bebida sacada de la vid es apropiada para la carne, no para el espíritu.

33,2. Por eso decía el Señor: «Cuando des una comida o cena, no llames a los ricos, ni a los amigos, ni a los vecinos y parientes; no sea que ellos te inviten a su vez y ya quedes pagado; sino invita más bien a los cojos, ciegos pobres, y serás dichoso porque ellos no pueden pagarte y recibirás tu recompensa en la resurrección de los justos»^a.

Y dice también: «y todo el que deje campos, o casas o padres o hermanos o hijos por mí recibirá el céntuplo en este siglo y heredará la vida eterna en el siglo futuro»^b.

¿Qué comidas y cenas mostradas y otorgadas a los pobres son centuplicadas en este siglo? Son las que tendrán lugar en los tiempos del reino, es decir en el séptimo día que ha sido santificado y en el que Dios ha descansado de todas las obras que ha realizado^c; este séptimo día es el verdadero sábado de los justos, en que éstos no harán ningún trabajo penoso, sino que tendrán ante ellos una mesa preparada por Dios, que los apacentará con toda clase de manjares.

33,3. La bendición con que Isaac bendijo a su hijo Jacob contiene algo similar: «He aquí, dice, que el olor de mi hijo es como el olor de un campo fértil, que ha bendecido el Señor»^a. Ahora bien el campo es el mundo^b, y por este motivo añadió: «Dios te dió el rocío del cielo y la fertilidad de la tierra y la abundancia de trigo y mosto: Sírvante los pueblos y las naciones se inclinen hacia tí. Sé señor de tu hermano, e inclínense ante tí los hijos de tu padre. Sea maldito quien te maldijere y bendito quien te bendijere»^c. Si alguien no acepta estas cosas como referidas a los tiempos del reino, caerá en infinidad de contradicciones y

33,2 a) Lc. 14,12-13; b) Mt. 19,29. Lc. 18,29-30; c) Gen. 2,2-3. — 33,3 a) Gen. 27,27; b) Mt. 13,38; c) Gen. 27,28-29.